

2448

CÉSAR E. ARROYO

E-510

ARRO

140

Romancero del Pueblo

Ecuatoriano

2.

(Conferencia leída en el Ateneo
de Madrid, en el curso «Figuras
:-: :-: del Romancero») :-: :-:



MADRID

IMPRESA, MESÓN DE PAÑOS, 8

1919

Para la Biblioteca
Nacional del Ecuador
El Autor

Señoras, señores:

Cuando América, hija del milagro del genio de un hombre y de la fe de una Reina, emergió triunfante de las ondas turbulentas del ignoto Océano, la lengua de Castilla, este maravilloso instrumento verbal, mar diáfano, sereno y transparente, en el que se diluyó un gran espíritu, estaba casi perfecta. Eran las postrimerías del siglo xv, del siglo de los descubrimientos y se anunciaba el orto cargado de presagios del siglo xvi. La fabla tosca que naciera de la corrupción del latín, al contacto con los diferentes pueblos que poblaban la Península Ibérica, cada uno de los cuales expresábase en su idioma o dialecto peculiar, había sido elevada por el Rey sabio al más alto trono del Derecho, quedando desde entonces consagrada como lengua nacional. En su forma rítmica y en sus primitivas manifestaciones, la lírica y la épica, contaba ya con los cantares de gesta que habían florecido en las bocas de los juglares y de los trovadores, los cuales introdujeron el gusto por la poesía, difundiéndola a su paso, en una obra de líricos sembradores. Las heroicas hazañas, las historias de amor, los sucesos memorables, infundidos del genio caballeresco de la raza, se cantaban al son de los laudes por esos peregrinos del ensueño y de la rima, cuyas frentes eran

ceñidas de coronas en las Cortes de amor. Los trovadores se esparcieron por todos los pueblos de la península y en todas partes cautivaban con la magia rítmica de sus canciones. A éstas siguieron los romances, derivaciones monorítmicas de los cantares de gesta, forma originaria de nuestra lengua y la más propia para contener su espíritu, de tal manera que parece serle consubstancial. En los romances se contenían principalmente, narraciones de aventuras, de hechos portentosos, en los que lo real y lo fabuloso aparecían mezclados. Pero ellos realizaron una gran obra: salvar del olvido muchos sucesos que no alcanzara a recoger la historia; y, sobre todo, identificar el espíritu nacional con el carácter del pueblo; los romances que brotaran primitivamente de boca de los juglares y trovadores, pasando de generación en generación, siempre anónimos y orales, eran cantados por el soldado que iba a guerrear, por el arriero que cruzaba las sendas de Castilla, por la moza de las ventas, que después idealizara la divina locura de Don Quijote, por el ladrón de las encrucijadas, por el vago hampón y pícaro de las ciudades, por el pordiosero de los atrios de los templos, por el titiritero que embobaba a los rústicos y cándidos villanos. Y he aquí que por este medio, por el lírico engarce del canto, se sabían unidos y solidarizados los más diversos elementos sociales, sintiéndose infundidos por una conciencia común, que fué la que preparó e hizo posible la unidad nacional, con el predominio legítimo de Castilla. En tanto esto se consumaba, la lengua iba ganando en perfección, se mejoraban los ritmos, pre-

parándose así la materia verbal con la que los genios del siglo áureo habían de forjar sus definitivas e inmortales creaciones.

El período comprendido desde el siglo XIII al XVI, fué de gestación, de incubación, del apogeo de las Letras, que duró hasta finalizar el XVII. En la larga curva de esa noche trisecular, que va desde Berceo hasta Garcilaso, sólo algunos nombres refulgen como estrellas: Juan Ruiz, el Arcipreste de Hita, Pero López de Ayala, El Rabbi Sen Santo de Carrión, Pero López de Guzmán, el Marqués de Santillana, Juan de Mena, Jorge Manrique, Cristóbal de Castillejo y, sobre todo, Juan Boscán, el enamorado de la Italia renacentista, de la cual trajo el verso endecasílabo, que, desde un principio, tomó carta de naturaleza en nuestra poesía, y los elementos de una honda y transcendental revolución, que culmina en Garcilaso divino, ante el cual quedan oscurecidas todas las obras de sus antepasados; un poeta que parece de hoy, siempre actual, por su exquisitez, por su refinada sensibilidad, por su elegancia, por su versificación pura, armoniosa y musical.

Luego después, todas estas poesías, la popular, la erudita, la de los libros de caballerías, como ríos caudalosos de un mismo país, debían ir a desaguar en aquel inmenso océano, que como tal debe ser considerado el genio de Lope de Vega, que creó el drama español, en el que se contiene toda la epopeya nacional.

La poesía romancesca estaba, pues, casi consumada, cuando el genio de Colón, navegando siempre hacia

occidente, en busca del camino de las Indias, encontró un Nuevo Mundo, en el que el genio de España realizó la epopeya de heroísmo y de civilización más gigantesca que han visto y verán los siglos. La virgen América, con sus enormes territorios, con sus selvas milenarias, con sus ríos misteriosos, con sus volcanes igneos e inaccesibles, con sus indómitas razas aborígenes, constituía un enorme contingente a la vida total de la humanidad, y, por tanto, a su literatura. El descubrimiento, que completaba el mundo, revolucionó todas las ciencias conocidas hasta entonces, desvaneciendo muchos errores y esclareciendo muchos misterios que hasta entonces se mantuvieron impenetrables. Fué un momento renovador, en el que una raza indomable y poética se desbordó sobre un Continente ávido, naciendo de esta cópula una civilización con caracteres propios. La literatura que corresponde a esta civilización se elabora, como ella, en una gesta difícil, silenciosa y lenta, que dura tres siglos, y como ella es, en líneas generales, un reflejo una parodia, un calco de la que informaba el espíritu de la *Hispania Mater*, que en el momento supremo en que acometiera su inaudita empresa estaba tocada del genio antiguo, que la poseía como una fiebre sagrada.

Los conquistadores españoles no sólo llevaron a la América el Romancero; hicieron algo más: vivirlo. Muchos poetas innominados escribieron entonces y publicaron poemas heroicos en el Nuevo Mundo; pero sólo uno, el Capitán D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, ha pasado a la posteridad con la frente ceñida con los laureles de la épica. Ercilla fué uno de los que vivió

su poema. Cuenta la tradición que en los momentos de tregua del duro combatir, escribía su *Araucana*, algunos de cuyos cantos fueron grabados en las cortezas de los árboles de los campos mismos de pelea. Así tiene su magistral producción la fuerza, la grandeza, el calor humano de las obras universales. El asunto del poema no podía ser más grandioso y sublime: el choque de dos razas, de dos civilizaciones, de dos almas. Los héroes protagonistas recuerdan a los de Homero y Virgilio: Caupolicán puede ser un Aquiles, Lautaro recuerda a Ulises, así como el viejo Colocolo, por su prudencia y sabiduría, tiene puntos de contacto con Néstor: La constancia, la fe y el valor heroico de los conquistadores, por una parte, y de otra, la tenaz rebeldía, el ardimiento, la fiera de una raza que no quería ser sojuzgada; lucha cruenta y emocionadora, expresada en una lengua de bronce y como él resonante e imperecedera. *La Araucana*, que es la Conquista, será tenida siempre, no sólo como un monumento del Parnaso español y del siglo xvi, sino de la épica universal, siendo la prueba más gallarda en contra de la generalizada afirmación de que España no ha producido una epopeya propiamente tal, cuando ella, personificada en un hombre de hierro, ha sido, al mismo tiempo, protagonista y cantora de una *Iliada* tan grande y fabulosa e infinitamente más transcendental y eficaz para los destinos de la especie humana que la del mismo padre Homero.

Triunfantes los conquistadores, sojuzgadas las razas aborígenes, templada la barbarie indígena con el refinamiento castellano, mezclada la sangre hirviente

de las tribus con la sangre sensual de los españoles, fundida la mentalidad rudimentaria de los indios con la elevada mentalidad de los europeos, amasado el primitivo barro étnico con la arcilla delicada que vivía en las estatuas latinas, surgió una sociedad homogénea, matizada por naturales diferencias, sobre las cuales, atenuándolas, se erguía una creación espiritual: el idioma, que a despecho de las diferencias étnicas y sociales de ese entonces, mantenía unidos en un sólo haz a todos los pueblos del más vasto imperio conocido hasta entonces.

En esos siglos de sueño y de crepúsculo que comprende la época colonial, se fraguan de una manera lenta y laboriosa las actuales nacionalidades americanas. ¿Tuvieron éstas, en aquella época, una literatura propia? Es ya un lugar común, repetido hasta la saciedad, que la literatura americana no es sino un reflejo de la española. Vinculados por siempre esos pueblos a la Madre Patria por el inquebrantable lazo del idioma, la literatura que ha podido florecer en aquellos países es una literatura de imitación que se ha nutrido con la savia robusta y fecundante de la literatura española. El idioma castellano fué impuesto de tal manera por los conquistadores, que hoy es el único posible en la América hispana y él ha moldeado hasta tal punto nuestra psicología, que nos asimila y nos incorpora perennemente a un grupo humano: la raza hispánica, y a un tipo de cultura: la civilización latina. Aceptado lo anterior, como no puede menos de serlo, por constituir hechos incontrovertibles, hay que aceptar su necesaria consecuencia: la de que la poesía,

la literatura toda, el idioma mismo, por la acción del medio y obedeciendo a una ley biológica que, como tal, se cumple irremisiblemente en todos los organismos que son trasplantados de su suelo originario a otro distinto, han sufrido transformaciones más o menos importantes que, sin despojarles de sus profundas esencias originarias, han creado nuevos tipos genuinamente americanos. Clima, sangres aborígenes de las que en el Nuevo Mundo ha quedado un grueso sedimento, sangres de inmigración que a raudales acuden a fecundar esas comarcas, diversidad grandiosa de escenarios naturales, restos de idiomas extintos que retoñan en los brotes de vocablos indígenas, que por designar objetos netamente americanos no encuentran equivalente en nuestra lengua; voces ancestrales, tradiciones y leyendas; todos los elementos, en fin, de un mundo nuevo actuando de consuno, han moldeado el alma española, la han modificado y han dado una resultante magnífica: el alma hispanoamericana, la cual se patentiza en una literatura considerable que, siguiendo la evolución natural y lógica de todas las literaturas, se encuentra hoy culminando su primera etapa: la edad lírica, que no puede presentarse más radiante ni más fascinadora.

Interesantísimo resultaría el estudio de las transformaciones sufridas por la literatura española en América, señalando los elementos con que se ha enriquecido, las características que se han afinado, las que se han atenuado o se han perdido; pero ésto que nos llevaría muy lejos en un examen documentado, serio y hondo, está muy por encima de mis pobres fuerzas, de

mi inopia cultural. Y en tan apurado trance, con el fin de recordar aquí esta importantísima cuestión, que no ignora el cultísimo público que me dispensa la alta merced de escucharme, tengo que recurrir a uno de los grandes maestros de América, al insigne poeta y literato, D. Luis G. Urbina, que en *La vida literaria de México*, libro en el que se contiene el curso que sobre literatura mexicana, dió, hace dos años, en la Universidad de Buenos Aires, trata este punto con su indiscutible competencia y con su peculiar belleza de forma.

« ... Mucho ha dejado entre nosotros—dice el maestro Urbina—el alma española; pero por debajo de esta herencia palpita, con energía avasalladora, el sedimento indígena. A la alegría sanchuna, al delirio quijotesco, se juntan dentro de nuestros corazones la tristeza del indio, la fuerza selvática del antepasado, la ancestral desconfianza del sometido, la desconyuntada dulzura del aborígen. Y si somos mexicanos para vivir, lo somos para hablar, y para soñar, y para cantar. Y estos son los elementos, los materiales, con que componemos nuestra obra de arte. Y es de notar que si algo nos distingue principalmente de la literatura matriz, es lo que, sin saberlo y sin quererlo, hemos puesto de indígena en nuestro verso, en nuestra prosa, en nuestra voz, en nuestra casa, en nuestra música: la melancolía. Mirando los campos de la Mesa Central, de un gris dorado y salpicado por los verdes florones de púas de ágave, y las matas de apretados discos de obsidiana, de las nopaleras; mirando nuestras largas llanuras inflamadas por el crepúsculo de la tarde, y nues-

tras montañas borrando su violeta pálido en el horizonte, sentimos que en nuestro pecho se remueven oscuras añoranzas y vagas inquietudes, y, entonces, nos sentimos impregnados de la hierática melancolía de nuestros padres los *colhuas*. Una resurrección sentimental se apodera de nuestro carácter de *novo-hispanos*. Y por eso nos inclinamos incesantemente a melancolizar nuestras emociones. A todo le echamos y le ponemos un tinte de melancolía. Y no sólo en las cuerdas líricas, sino hasta en nuestros arranques épicos, hasta en nuestra gracia risueña, hasta en nuestro fugitivo *humorismo*, solemos poner una arena de esta melancolía. Perfumamos regocijos y penas con un grano de Copal del sahumero *tolteca*...»

¡La melancolía! una melancolía dulce y resignada hecha de nostalgia y de amor imposible, es, efectivamente, como con tanto acierto señala el ilustre literato, lo que caracteriza a nuestra poesía y a nuestra música, tornándolas más tiernas, más suaves, más humanas, envolviéndolas en un vaho de lágrimas, al través de cuya sutil neblina se esfuma la feérica visión de un imperio que se perdió para siempre. Acompasan y riman esta melancolía escanciada, como gota de llanto, en el frágil vaso de la copla, los sonos suspirantes del rondador, que es la flauta pánica de los siete carrizos; las notas caliginosas, enceladas, de una lujuria primitiva, de la marimba, que para alegrar sus noches de esclavitud bajo los trópicos, llevaron a la América las tribus africanas; las melodías sensuales de la guitarra morisca, que allí suena más tierna, más insinuante, más mimosa y más triste; el aire sensiblero,

criollísimo del bambuco; el tono ingenuo y primitivo del *yaraví* evocador de las dulces *chirimías* de Atahualpa, y cuyas notas parecen arrastrarse por el polvo de los caminos en el fracaso de una rota inspiración.

*«La tristeza mora vino del desierto,
montada a la grupa de un potro español...»*

Dijo el poeta de América. Pero esta tristeza no es nuestra tristeza; es la tristeza andaluza, engendrada por una fatalidad ancestral y por oscuros e ineluctables designios. La fuente primitiva de donde mana a raudales acerbos la irremediable tristeza americana creo que hay que buscarla en un corazón de mujer, en el corazón de la india de la Conquista. Los guerreros españoles, argonautas perseguidores del vellocino de oro, que fueron, en los primeros tiempos, a la aventura de América, apenas llevaron unas muy pocas mujeres de su tierra. A la mujer, mejor dicho, a la hembra, la iban a encontrar allá. Y mientras se desarrolla la epopeya de la Conquista, se desarrolla también una lucha primitiva, callada, oscura, brutal: la de la posesión de la hembra, que cruza fugitiva, como una sombra, por un inflamado escenario de tragedia, siempre acosada, perseguida por el hombre blanco, barbudo como un fauno, que la alcanza y lucha con ella y la hace suya, como en los tiempos pánicos, en plena selva, a orillas de los ríos, a la vera de los caminos... Esos ayuntamientos son meramente casuales: el mismo azar que junta, separa a la pareja; después, la india es madre y llora en silencio, arrullando en su regazo al

hijo de nadie. La tristeza hosca y reconcentrada del hispanoamericano proviene de allí: es el grito, el sollozo, el llanto de nuestras madres remotas, en el abandono desesperado. Esta fase violenta fué la primera del choque de las dos razas. Luego, las dos se mezclaron, la española, siempre generosa y noble, se dió a la raza aborígen, se fundió con ella en un abrazo secular; siendo éste, para honra de España, un raro caso en la historia de las civilizaciones, de una raza sojuzgadora que se liga a la sojuzgada, y si España no tuviera otros títulos, bastaría este nobilísimo y humano, para reivindicar su acción total como conquistadora y civilizadora del Nuevo Mundo.

También se distingue la literatura hispanoamericana por otra excelencia opuesta a la melancolía: la gracia fina y epigramática. El idioma, creación esencialmente popular, había logrado subir por escalas de seda a los regios alcázares, a los almenados castillos, desatando romances de cortesanía o floridos madrigales, en los delicados oídos de las recatadas y pulidas castellanas; y había logrado también ascender hasta Dios mismo, siendo la lengua incomparable de la mística. Pero de tan excelsa altura volvió a descender, y en boca de pillos, bandoleros, truhanes, vividores, tahures, rufianes, celestinas y meretrices, había llegado a los más bajos fondos sociales, zambulléndose en su légamo, de donde sacó la perla preciosa de la picaresca. Allí, en la entraña del bajo pueblo, agudo, listo y decidor, encontró el idioma jugos vitales, que nutrieron su sangre, robustecieron sus músculos y templaron sus nervios, dándole una flexibilidad, una lige-

reza, una gracia, una donosura, con las que vive y chispea; derramando la sal de sus epigramas, de sus modismos, de sus refranes, de sus dichos, en un humorismo fino, de la más pura ley, cuya tradición castisísima, arrancando del viejo Arcipreste, llegó a lo sublime en Cervantes para esplender en Quevedo, Hurtado de Mendoza, Alcázar, Alemán, Alarcón, Moreto, Tirso, Isla, Lafuente, Moratín, Bretón de los Herberos y el inolvidable Figaro.

En la literatura castellana que se ha producido en América, puede decirse que el humorismo empezó con el genial Juan Ruiz de Alarcón, y de él hasta Ricardo Palma, como nube de abejas áticas, se levanta en el Continente un verdadero enjambre anónimo de epigramas, de sátiras, de coplas picantes, algunas de las cuales han tenido poder para hacer saltar de su silla a un Virrey, a un Presidente de Real Audiencia o a un Corregidor, en la época colonial, o para derribar un Gabinete, en la republicana.

Otra de las notas que distingue y da carácter a la literatura hispanoamericana, es el ternura, la melosidad mimosa. Nosotros podremos ser rudos y fieros en la acción; no hay sino que echar una mirada retrospectiva a las guerras civiles, a las matanzas fratricidas que han ensangrentado el suelo de la América. Hay escenas de tragedia bárbara, cuadros de sangre primitivos y emocionantes, verdaderas hecatombes y algún hecho de *populo bárbaro* que ha causado sensación en el mundo. Y todo ésto ha ocurrido casi siempre entre hermanos, hijos de una misma patria, disputándose, como un trofeo sangriento, el poder

para algún soldado audaz, para algún rudo caudillo; el poder, que debe ser sacrificio y sentimiento de responsabilidad. Hemos cometido enormidades; pero siempre, eso sí, con los mejores modos. De ahí que se hayan inventado aquellas frases de zarzuela grande, de Ramos Carrión, o de opereta, de Perrín y Palacios puestas siempre en boca de americanos de caricatura: «Le voy a perjudicar a usted, mi amigo, pegándole un tiritito con esta pistolita que no falla», o «tenga usted la bondad de ponerse en el cuadro para fusilarle». Nuestro lenguaje, no sólo el familiar, sino aun el culto, abunda, reboza en diminutivos, y la disidencia de éstos no es ya en *illo* e *illa*, según la estructura del lenguaje, castizo, sino en *ito* e *ita*, *ico* e *ica*, con lo que los vocablos aparecen aún más tiernos, más reblandecidos, más destilantes de miel cordial.

También tenemos que acusarnos de una incurable tendencia a la hipérbole. Todo lo abultamos, todo lo exageramos, con un sentido que se acerca algo a la hinchazón innata a nuestros hermanos de raza, los portugueses; de tal manera que en los raros casos en que la hipérbole es la expresión justa que reclama nuestro sentir o nuestro juicio, nos encontramos en un grave aprieto, porque ya toda la reserva de expresiones superlativas las hemos dilapidado a diario, y así como los objetivos sublime, maravilloso, colosal, insuperable, enorme, definitivo, divino, etc., los hemos empleado, como si dijéramos, para andar por casa, cuando en realidad nos salen al paso sustantivos que, en justicia, merecen estas calificaciones, como el léxico no las tiene más altas, resulta su apli-

cación, hasta cierto punto, ineficaz. En la literatura ecuatoriana, en la literatura hispanoamericana del siglo XIX, hay un verdadero monumento, que en medio de aciertos geniales y de una contextura del clasicismo más puro, adolece del defecto de la rimbombancia declamatoria. Me refiero al famoso Canto a Bolívar, en la batalla de Junín, de D. José Joaquín de Olmedo, que, sin duda, por una reminiscencia de Virgilio, del que tan empapado estaba su autor, rompe, como todos sabéis, de este modo onomatopéyico, verdaderamente tonante:

*«El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera.
Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta
la hispana muchedumbre
que más feroz que nunca amenazaba
a sangre y fuego eterna servidumbre;
y el canto de victoria
que en ecos mil discurre enardeciendo
el hondo valle y la enriscada cumbre,
proclaman a Bolívar en la tierra
árbitro de la paz y de la guerra!...»*

.....

Y así, predominando este diapasón, sigue el canto, por otro lado admirable, y que tuvo su mejor crítico en el mismo héroe glorificado, en el propio Bolívar, quien, a su vez, tan declamatorio y enfático, en sus proclamas, en esa página hugiana de su *Delirio sobre*

el Chimborazo y hasta en su correspondencia particular, hace Olmedo este reparo al analizar con un gran sentido crítico y con verdadero criterio de técnico literario, su poema, en unas cartas interesantísimas, que, en el curso pasado, tuve el honor de leer desde este mismo alto sitio.

Melancolía irremediable, gracejo fino, dulzura mimosa, tendencia a la hipérbole, énfasis declamatorio, por todos estos sutiles filtros ha pasado la poesía española en América, transformándose, modificándose, acendrándose, hasta venir a alcanzar una cristalización definitiva y eterna en el genio de Rubén Darío, que en las formas, no sólo más legítimamente sino hasta más ranciamente castizas, como en vasos sagrados del ritual del idioma, él, Sumo Sacerdote de la religión del arte, vertió la quintaesencia de su alma refinada y el santo vino de la inquietud universal.

Señaladas estas características, sería interesante hacer un estudio, aunque somero, de la poesía popular en América; pero ésto, a más de alargar desproporcionadamente este humilde trabajo, no está, vuelvo a repetirlo, dentro del estrechísimo círculo de mis modestas posibilidades, y nada nuevo podría decir ante un público especializado en literatura, como en tantas otras disciplinas, a quien le son familiares estas materias, como el del Ateneo, después de los trabajos de investigación acerca del *folklorismo*, realizado por tantos sabios españoles y americanos, a la cabeza de los cuales están los insignes maestros Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal. Pasando, pues, ésto por alto y sujetándome al tema de mi trabajo, voy a reducir el campo

visual, enfocando la cuestión sobre la literatura ecuatoriana, que yo, como la esclava de las *Mil y una noches*, que no sabía sino historias de su país, no sé sino cantares de mi patria. Mi propósito, al subir trémulo y vacilante, confundido ante mi propia pequeñez, a las altitudes de esta cátedra generosa, no ha sido otro que el traer ante vosotros un manojito de florecillas silvestres de las montañas y de los valles ecuatorianos, para depositarlo, como una ofrenda sencilla, en el ara sacrosanta de este altar excelso de la cultura española, de la cultura europea.

Transplantado por el brazo férreo de los Conquistadores, el árbol frondoso del Romancero castellano, con sus múltiples ramas, que corresponden a la clásico división de los romances en épicos, líricos, primitivos, eruditos, históricos, caballerescos, moriscos, vulgares, varios; al agro virgen que comprendía aquella parte del Imperio de los Incas, ahogó la incipiente vegetación poética que allí había podido crecer, porque el don del canto es innato al hombre y se da siempre, aun con la civilización más rudimentaria. Los incas y los aztecas, mejor dicho, los aztecas y los incas, habían sido, de todas las razas que poblaban la América precolombiana, los que habían alcanzado mayor grado de relativo progreso: cultivaban las artes, especialmente, las arquitectónicas y las suntuarias; ejercitaban algunas industrias, sobre todo, las textiles; habían construido magníficos caminos y calzadas; su gobierno, aun cuando era en extremo autócrata, tenía un sentido patriarcal, rigiendo una equitativa y justa distribución de las tierras; su legislación

se inspiraba en los principios inmanentes e innatos de la eterna moral humana; su religión se fundaba en la adoración de los astros, especialmente del sol y de la luna, y en el acatamiento al emperador, que era, a la vez, sumo sacerdote; su lengua, quienes la han estudiado, afirman que es un idioma rico, flevible, expresivo y sumamente conciso. Pero no conocían la escritura fonética, por lo cual nada podemos saber de su literatura, que es presumible que, en la época precolumbina, se hayan reducido a las prístimas formas colectivas: el himno guerrero y el himno religioso, quizá también el cantar erótico. Esta carencia de literatura escrita es la que ha apresurado la muerte definitiva de esas lenguas, porque lo que asegura la supervivencia de un idioma es el acervo precioso de sus piezas literarias, como acontece con el latín que, siendo un idioma por nadie hablado, siempre será estudiado por razón de los inmortales monumentos literarios que en él se contienen. Desaparecida la civilización incásica, desapareció también su idioma, del que aún se conservan vestigios corrompidos y adulterados por la mezcla del español, en la jerga bárbara que hablan, en esas comarcas, los pocos naturales de pura raza indígena. España, hay que decirlo todo, arrasó con la civilización incásica; pero en lugar de esa civilización incipiente que, sin duda alguna, estaba destinada a parecer, levantó el monumento de la única civilización posible, de la civilización cristiana, de la civilización moderna. Los actuales hijos de esas hoy florecientes Repúblicas, que son los países del porvenir, no nos quejamos, ni tenemos derecho a quejarnos, de la Con-

quista: nosotros somos solidarios con España; hay solución de continuidad entre nosotros y las razas aborígenes de América, con las cuales apenas si conservamos algunas débiles vinculaciones.

En el momento del choque de las dos razas y cuando se inicia la agonía de la vencida, surgen como alaridos del dolor de todo un pueblo, unos cantos elegíacos que son como su lírico epitafio. Son cantos primitivos, sencillos, ingenuos, los de ese romancero de postrimería, que aun sin comprender el idioma en que están expresados, tienen un no sé qué de desgarramiento y de dolor humano inenarrables. Algunos de esos cantos han llegado hasta nosotros vertidos a nuestro idioma, en su forma poética más natural y adecuada: el romance. De entre ellos, por referirse a un hecho que puede ser considerado como símbolo del vencimiento y de la inmolación de los indios, y por ser una composición indudablemente ecuatoriana, aunque de autor innominado, he escogido para leer aquí la siguiente:

Elegía a la muerte de Atahualpa.

*En un corpulento guabo
un viejo cárabo está,
con el lloro de los muertos
llorando en la soledad,
y la tierna tortolilla,
en otro árbol más allá,*

*lamentando tristemente
le acompaña en su pesar.
Como nieblas vi a los blancos
en muchedumbre llegar,
y oro y más oro queriendo
se amentaban más y más.
Al venerado Padre Inca
con una astucia falaz
cogiéronle, y ya rendido
le dieron muerte fatal.
¡Corazón de león cruel,
garras de lobo voraz
como a indefenso cordero
le acabásteis sin piedad!
Reventaba el trueno entonces,
granizo caía azaz,
y el sol entrando en ocaso,
reinaba la obscuridad.
¡Al mirar los sacerdotes
tan espantosa maldad,
con los hombres que aún vivían
se enterraron de pesar!...
¿Y por qué no he de sentir?
¿Y por qué no he de llorar
si solamente extranjeros
en mi tierra habitan ya?
¡Ah! venid, hermanos míos,
juntemos nuestro pesar,
y en este llano de sangre
lloremos nuestra orfandad,
y vos, Inca, padre mío,*

*que el alto mundo habitáis,
estas lágrimas de duelo
no olvidéis allá jamás.
¡Ay! no muero recordando
tan funesta adversidad,
¡y vivo cuando desgarrar
mi corazón el pesar!*

Luego, al triunfo de los hombres blancos, que extendieron su dominio absolutista y férreo sobre todas aquellas tierras del sol, en nombre de los Reyes de España, sobrevino la dispersión y el éxodo de una parte de la raza vencida hacia las inmensas y misteriosas selvas orientales lindantes con el Brasil, adonde se retiraron muchísimos indios, los que no tuvieron el valor de enterrarse vivos ni la debilidad de quedar sometidos al vencedor, y en donde viven todavía sus descendientes, en estado completamente primitivo. Este éxodo fué cantado en su extraña lengua por versos que destilan un hondo dolor humano, y que, naturalmente, pierden al ser traducidos a nuestro romance. De aquellos luctuosos cantos de despedida, hay una reconstrucción en romance castellano, hecha por el ilustre poeta y literato, gran conocedor de la lengua *quéchua*, D. Luis Cordero, que ocupó la Presidencia de la República. Se titula: *El adiós del indio*, y dice así:

*Voy a vivir, patria mía,
en país extraño y distante;
tú no tienes para el indio*

*ternura propia de madre.
De esposa, de hijo y parientes
compelido a separarme,
parto esta noche en el acto
que la luna se levante.
Cual huye la tortolilla
del gavilán que la invade,
y allá, tras los montes, busca
peñasco que la resguarde:
Así, cuitado me alejo
de mi opresor implacable,
y a ocultarme voy por siempre
en lejanas soledades.
Rico fui; su tiranía
me ha dejado miserable,
él me ha quitado de lleno
cuanto al gran Dios plugo darme.
Suya es mi casa, son suyas
mis perdidas heredades:
¡ay patria, patria, yo vivo
cual paja que lleva el aire.
Aun la hija de mis entrañas
ha muerto en su vasallaje:
¡el corazón en vez de ella
debió el bárbaro arrancarme!
De hinojos, puestas las manos,
dando lastimeros ayes,
la desdicha de ser indio
lloro ante el Supremo Padre.
Haga él lo que justo fuere:
tal vez mi dolor le place,*

a su cuidado abandono
mis prendas en este trance.
Quizá, si él me lo permite,
de lejos vendré más tarde,
y con mi hijo y con mi esposa
saldré corriendo al instante.
Quizá podré en alta noche,
llegar por los matorrales
y, de improviso, bañado
de lágrimas, abrazarles.
¡Oh! ¡Si a los tres en el fondo
de algún solitario valle,
nos cubriese una cabaña,
donde no lo sepa nadie!
Mas ¡ay! peregrino y solo
tal vez mi existencia acabe,
patria, sin pisar tu tierra
ni el último abrazo darte.
Muerto yo, ¿quién a los tristes
dirá: «Muerto es ya, lloradle»?
¡Ay de los dos! ¡Cada noche
se cansarán de esperarme!...
¡He ahí, brillando la luna
por entre las nubes sale:
he ahí, también me aguardaba
la desdicha de expatriarme!
Voy a morir, patria mía,
en país extraño y distante:
¡no tienes tú para el indio
ternura propia de madre!...

Y adviene la colonia, que fué para nosotros lo que la Edad Media para la Europa cristiana; pero, que sobre ser mucho menos larga, fué menos oscura, menos dolorosa. En ella se consolidó para siempre el espíritu de España en el Nuevo Mundo, y en ella cuajó nuestra verdadera nacionalidad. La elaboración de ésta, como todo proceso de gestación, fué lenta, callada, confusa, difícil y azarosa, como que se trataba nada menos que de forjar un Continente. El alma de España quedaba de manera indeleble impresa, y su personalidad gigantesca se extendía en América, por medio de su maravilloso idioma, pacientemente trabajado y puesto de manifiesto en una gran literatura; de sus admirables leyes de Indias, monumento grandioso de sapiencia y de justicia, gloria de la legislación universal; de su religión, indiscutiblemente humana y civilizadora, impuesta y propagada por sacerdotes y misioneros, en una obra de tesón y de sacrificio inenarrables. Ciertamente que hubo abusos y que se cometieron crueldades y demasías, muy explicables, por otra parte; pero de ello no puede hacerse responsable a España como nación. América debe a España las bases y fundamentos de su cultura. No es cierto que todo fuera atraso e ignorancia en aquellos siglos de preparación. La Madre Patria, fundó y sostuvo escuelas, colegios y universidades en sus colonias de Ultramar. El sentido de la enseñanza en esos Establecimientos, era esencialmente religioso; sus métodos memoristas, su pedagogía incipiente y rutinaria, es verdad; pero también es verdad que este sentido y estos procedimientos educativos, eran los

únicos que se conocían en ese entonces. México, Lima, Quito, Santafé, eran ciudades cultas, universitarias, en las que, hasta cierto punto, abundaban los teólogos, los humanistas, los literatos, los poetas. En Quito solamente llegaron a existir, durante la Colonia, tres Universidades: la de Santo Tomás de Aquino, regentada por jesuitas; la de San Gregorio Magno, por dominicos, y la de San Fulgencio, por agustinos. «La Universidad —dice el sabio maestro D. Justo Sierra, hablando de la Nueva España—, nació con la sociedad engendrada por la conquista, cuando no tenía más elementos que aquellos mismos conquistadores proporcionaban o toleraban.» Así se explica la formación de tantos hombres versados en letras humanas, de verdaderos sabios, de historiadores, de juristas, teólogos, de literatos y poetas que florecieron en todos los dominios de España, en ese entonces, siendo sus nombres como antorchas que iluminan la semiobscuridad de esa etapa y señalan el camino de la cultura actual, de la que son los maestros precursores. El romancero que predomina en aquella época profundamente mística, en lo que hoy es la República del Ecuador y entonces era la Presidencia de Quito, dependiente, primero del Virreynato del Perú y después del de la Nueva Granada, es el religioso, siendo de toda la Historia Sagrada, las que se relacionan con Jesús niño, los motivos que cautivan y que cultiva con más cariñosa preferencia ese pueblo niño. Hay una verdadera abundancia de romances, seguidillas, villancicos y cantigas, dedicados al Niño Jesús. Como una muestra de esta clase de composiciones, voy a

tener el honor de leer una que por su ingenuidad, por su ternura, por su gracia fresca, y hasta por su inverosimilitud y anacronismo, parece una tablita de aquellas en que los primitivos expresaron la transparencia inefable de sus almas puras. El asunto es la profecía que una gitana hace al Niño Jesús, en aquellos tiempos en que no era conocida la raza gitana, ni vagaba, como ahora, por el mundo, menos por Palestina. Esta composición pertenece al Padre Jacinto de Evia, poeta quiteño, que floreció en el siglo xvii. Hela aquí:

Una gitana al Niño Jesús.

*Dame una limosnita
niño bendito,
dame las buenas pascuas
en que has nacido:
niño de rosas,
dale a la gitanilla
pago de glorias.*

*Si me das la mano,
infante divino,
la buenaventura
verás que te digo.*

*Miro aquí la raya
que muestra que aún niño
verterás tu sangre
baño a mis delitos.
Serás de tres reyes,
rey desconocido,*

*y a este mismo tiempo
de un rey perseguido.
En tu propia patria
con ser el rey mismo
vivirás humilde,
vivirás mendigo.*

*Dame una limosnita
niño bendito
Miro esa otra raya
que es de tu martirio;
morirás en Libra
si nacistes en Virgo.
Tendrás corta suerte
aun de los amigos,
pues de un paniaguado
te verás vendido.
Pasarán tus años
joh, con qué prodigios!
A los treinta y tres,
de amores rendido,
dejarás la vida.
Si el cruzado leño
fuere tu cuchillo,
cuchillo de palo
cortará tus bríos.*

(Los cuatro versos finales son, como se ve, de un gongorismo ingenuo y del peor gusto.)

También hay de los tiempos coloniales, en mi país, un romancero pastoril no escaso, pero todo él inficionado del amaneramiento, del engolamiento, del alam-

bicamiento, de la falsedad y del artificio que aquejaban a la poesía española de aquel tiempo. Y era una paradoja, una ironía, un verdadero absurdo, que frente a una naturaleza única, se empeñara la musa de aquel tiempo en forjar relamidos paisajes artificiosos para que sirvieran de escenario a idilios ñoños de Filis, Clorindas, Fabios y Batilios, pastoras y pastores, zagales y zagalas de guardarropía, melindrosas y almiaradas ellas, y ellos, sensibleros y declamatorios. De estos romances pastoriles, tomaré uno, al azar, como de los demás; pues en las piezas que voy presentando no he hecho una verdadera selección, que resultaría muy difícil tratándose, como se trata, de composiciones, que se conservan sólo por un interés arqueológico, ya que son muy raras aquellas que muestran una inspiración sobresaliente. He aquí un romance pastoril ecuatoriano, siglo xvii, compuesto por el P. Mariano Andrade:

*Por divertir los cuidados
que en la corte se granjean,
hizo que Fabio buscara
los retiros de la aldea.*

*Muchos fueron los pastores,
muchas las zagalas bellas,
que admiró por bien habladas,
que veneró por discretas.*

*Pero Andrea entre todas
le prendó por más atenta;
que fuera muy necio en Fabio
escucharla y no quererla.*

*Desde entonces vive triste
entre cuidados y penas,
que un amor disimulado
mientras se calla atormenta.*

*No se atreve a declarar
la pasión que así le aqueja,
porque teme que al oirla
le menosprecie severa.*

*Y aunque a sus ojos se ha visto,
no se alienta aún a una seña,
cómo se mira infelice,
aún a explicarse no acierta.*

*¡Oh qué afligido pastor!
Y pues, zagalas, de penas
sabéis también y de amores,
decid a Fabio discretas:*

*Que es Andrea tan piadosa,
que juzgo que al entenderlas,
pagará noble en amor
lo que le debe en finezas.*

*Escuchárale benigna,
pues por deidad le venera,
y es atributo divino
el atender a las quejas.*

*¡Oh! qué de albricias promete,
zagalas, si es que oye nuevas;
que ya su Andrea amorosa
a su amor amante alterna.*

Durante la Colonia, retozó también la musa festiva,
y a esos lejanos tiempos se remonta lo tradicional del

ingenio quiteño, que tiene fama en la América del Sur, por su fino gracejo, por sus dichos agudos, por sus epigramas intencionados. Todavía juguetea en la boca del pueblo algunos de aquellos epigramas con que los agudos quiteños de la remota colonia se burlaron de Oidores y Alcaldes, de Alguaciles y legistas, y, en fin, de todos aquellos señorea graves de birrete y hopalanda, que el Rey Nuestro Señor enviaba a hacer la felicidad de sus amados colonos de las Indias Occidentales.

Cuando alboreaba la independendia, el pueblo expresó su entusiasmo por la causa patriótica en multitud de composiciones; pero, a decir verdad, ninguna de aquella época memorable, llamada de la *patria boba*, merece salir del justo olvido en que yace; pues todas son por el estilo y tan rematadamente malas, en el sentido literario, como ésta:

*Albricias, albricias
patriotas amados,
que van siendo libres
los americanos.*

*Albricias, señores!
feliz insurgente,
felicísimo año
de ochocientos veinte.*

*Llegará por fin
el tiempo esperado,
en que el insurgente
ya no será esclavo, etc., etc.*

Y a este tenor, todo...

Con el advenimiento de la independencia, surgen en el horizonte sudamericano, preñado de tormentas fecundadoras, la descomunal figura de Simón Bolívar y sus grandes capitanes. Son los héroes epónimos que van a realizar una empresa sobrehumana: la libertad de un mundo. Los jefes españoles son, por su parte, esforzados y valientes hasta la temeridad. Las batallas, las grandes acciones de la guerra de la independencia, se suceden rápidas y flamígeras, en épica sucesión: Boyacá, Carabobo, Junín Pichincha, Ayacucho, son nombres que suenan como cañonazos. Ya tiene el romancero americano sus héroes y sus acciones memorables. De todas partes surgen canciones patrióticas; pero, como ya dije antes, de toda esa verdadera balumba de composiciones que en las cinco Repúblicas creadas por el genio de Bolívar florecieron al calor de esa época inflamada, lo único que queda y que quedará, en la literatura, con un valor estético perdurable, será el famoso poema de D. José Joaquín de Olmedo, *La Victoria de Junín.—Canto a Bolívar*.

Las demás manifestaciones líricas son coplas y letrillas pueriles, que hacen sonreír, como estos versos que llegaron a cantarse, en las iglesias de Lima y Quito, durante las misa, entre la Epístola y el Evangelio:

*De Ti viene todo
lo bueno, Señor:
nos diste a Bolívar,
gloria a Ti, gran Dios.
¿Qué hombre es éste Cielos*

*que con tal primor
de tan altos dones
tu mano adornó?
Lo futuro anuncia
con tal precisión,
que parece el tiempo
ceñido a su voz...*

Así, puedo afirmar, de una manera franca y sin que, por desgracia, pueda ser contradicho por nadie, que la epopeya boliviana, como otras epopeyas, apenas pudo hallar un solo cantor condigno.

Separado el Ecuador de Colombia, en 1830, para venir a formar una nación autónoma, tal como hoy existe, durante los setenta últimos años del siglo XIX, su musa, siguiendo la orientación dominante en la poesía española, se muestra profundamente romántica, pero sin dejar de ser espontánea, y acusando ya una tendencia nacional.

A la segunda mitad de la pasada centuria, años de 1873 a 1875, pertenece un romance magistral e imperecedero, que por su asunto, el más español, y por su forma castisísima, es un aporte peregrino al romancero del Quijote, al cual quedará para siempre incorporado. Me refiero al *Testamento de Don Quijote*, escrito en romance castellano, e incrustado, como una gema, en el oro purísimo de las páginas del último de los inmortales *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, la obra inaudita del hombre a quien la patria ecuatoriana venera como a su genio tutelar. Este maravilloso romance de Juan Montalvo, principia, como todos sabéis, así:

*Item mando que no alquilen
que me lloren plañideras,
a llanto ajeno renuncio
si me llora Dulcinea.*

.....
.....

(No lo recito íntegro, a causa de su extensión, y por considerarlo sobrado conocido.)

La República del Ecuador, posee una verdadera riqueza en cantares populares, romances y coplas; producciones de don Juan Pueblo, que no se sabe quién las compuso, y que van de generación en generación, porque expresando estados de ánimo peculiares a un grupo humano, por lo fáciles y espontáneas, por la correspondencia cordial que en ellas siempre se encuentra, cualquiera que las cante o recite, parece que hubiera podido componerlas. Y todos nos emocionamos cuando, acompañada de la guitarra, oímos a veces en el silencio, como una saeta que se clavara en el corazón de la noche, cantada por una voz armoniosa y tremante, una copla de nuestra tierra.

Los cantares del pueblo ecuatoriano han sido recogidos con todo amor por un benemérito de las letras nacionales, el ilustre D. Juan León Mera, poeta, novelista, costumbrista, filólogo, historiógrafo, investigador y crítico literario, a quien tanto debe la cultura del Ecuador, y que ha recogido todos esos romances, canciones y coplas de poesía popular, de la cual se expresa así al final de la introducción puesta a su interesante, curioso y bello libro: «El retrato moral de

un pueblo está en sus cantos; retrato a veces hecho de mano maestra, como hizo Rembrandt el suyo propio. Es necesario no menospreciar la musa popular, y se debe recoger y conservar sus frutos, escogiéndolos, por supuesto, porque de seguro son útiles, por muchos conceptos, y en todo caso se honra al pueblo. En el sistema democrático, el pensamiento y el corazón del pueblo, sus derechos y deberes, sus costumbres y aspiraciones, son partes muy principales en la urdimbre de la vida civil y política; ¿por qué sus afectos y recuerdos, sus dolores y sus esperanzas expresados sencillamente en serventesios y seguidillas, no han de entrar en la vida literaria? Las florecillas del campo no dejan de ser flores, porque se llaman así las cultivadas con esmero en los jardines: el débil junquillo que crece junto al arroyo, no deja de pertenecer a las gramineas, porque en las márgenes del Amazonas crece la gigante *guadúa*, reina de esa familia vegetal. ¡Y cuántas veces entre esas florecillas han asomado gallardas rosas! ¡Y cuántas veces algunos junquillos se han transformado en aquellas monstruosas cañas! Infinidad de grandes poetas ha tenido el Mundo nacidos en humilde cuna, y que a no haberse educado felizmente para el arte, habrían sido sólo pobres copleos. En el pueblo hay buenos ingenios que se malogran por falta de cultivo. La Naturaleza les obliga a manifestarse, y de aquí vienen los torrentes de versos populares que ruedan por nuestras calles y pasan como el agua de las tempestades desbordadas, turbias y dando monótono sonido. A veces no son torrentes, sino arroyos; son gotas cristalinas que caen

para ser absorbidas por el polvo. Recibamos el agua de esos arroyos para gustar de ella; enseñemos el hueco de la mano para que esas bellas gotas no caigan en el polvo. Depositemos los versos populares en las páginas de nuestros libros.»

Y de esa pura y clara linfa de que nos habla el señor Mera, que brota del inexhausto manantial del corazón del pueblo, se ha nutrido el árbol, hoy en pleno desarrollo, de la poesía ecuatoriana, el mismo que en unión de esos otros árboles robustos por los cuales puede ser representada la poesía en los demás países de la América nuestra, forma el bosque sagrado y portentoso de la poesía hispano-americana.

HE TERMINADO.

